

PINTURA



COMPOSICIÓN NO. 210 DE RODOLFO OVIEDO



La exposición de artistas salvadoreños en New Delhi, India, abre las puertas

al pintor salvadoreño, residente en Francia, Rodolfo Oviedo Vega y a la ceramista Mayra Navarrete, quienes expondrán sus obras durante los actos de

independencia que la Embajada de El Salvador en la India realiza para promocionar los valores artísticos salvadoreños. Oviedo estudio artes plásticas en el Centro

Nacional de Artes (Cenar), desde 2003 viaja por el mundo aprendiendo y experimentando nuevas técnicas con énfasis en lo abstracto, la arquitectura y el urbanismo.

ARTÍCULO HISTORIA

A LA OTRA ORILLA DEL PERIODISMO CULTURAL

PÁG. 5

Lya Ayala



EL SALVADOR: HISTORIA DE LA BARBARIE. POLÍTICA CONTRA ÉTICA

Jorge Castellón PÁG. 3 y 4



LEAMOS SALVADOREÑOS

Un país que lee crece

VENTANA

La prosa alimenta, la Poesía embriaga (Alberto Guerra Trigueros)

Carta a Manyula

JORGE CASTELLÓN

Querida amiga,
Hoy me acordé de ti. Quizás porque me atrapó la nostalgia, tal vez la soledad, quizás la tristeza de sentirme lejos. Los años han pasado, muchos, y el recuerdo de ti es tan claro que a veces presento que en lugar de ser recuerdo, formas parte de lo que me rodea, como sombra, como viento, es decir, algo tenue, pero que acontece en el presente. Mejor, concluyo que los recuerdos son presencias transparentes que caminan con nosotros. Así, lo que cambia, es que pierden la corporeidad que tuvieron, y adquieren la traslucidez que hoy visten. Vienes desde mi infancia, desde esos domingos de alegría en los que me encontraba contigo, y me veías. Me veías con tus ojos nobles, con tus ojos tiernos, llenos de espera, de paciencia, de tiempo. Siempre estabas ahí, en tu humilde morada marcada por tus pasos, tus ansias, tus arrebatos, tu eterna soledad. De regreso de verte, me marchaba con ese sentimiento de dejarte, de abandonarte, mas creo que, era yo el que me sentía abandonado de tu fortaleza, de lo que con tu presencia me enseñabas: la esperanza.

Lo digo, porque te observaba viendo hacia tu puerta, a veces nerviosa, expectante. Quizás esperabas a alguien querido que te prometió regresar y demoraba. Y siempre esperabas. ¡Ah mi Penélope triste, Penélope de mi corazón! Por eso entendías y entiendes bien nuestras nostalgias, porque las compartes. Creo más bien, que anhelabas el retorno de amigos que nunca regresaron. Se fueron para siempre, lejos, y ya no te recuerdan. O tal vez soy injusto, muchos de ellos, han muerto, y todavía te recuerdan.

Espero que ahora, estés menos triste que cuando te vi la última vez. ¿Te acuerdas? Te visité con mis hijos, que jugaron contigo. Supe que estabas triste por nosotros: nos fuimos a despedir. Otra vez se repetía lo de tantas veces. Tu corazón ya albergaba demasiadas despedidas y mil y un recuerdos de medio siglo de lluvias, de sequías; de medio siglo de inundaciones, terremotos, de encuentros de metrallas, de helicópteros, de promesas; de niños y niñas con abuelos, que emigraron... Toda una historia se escondía en tus hombros, tu inclinada cabeza, tu silencio...

La verdad, es que te hermanaste con nosotros en el sufrimiento, y con nosotros, has compartido ya tanta pobreza, incluso el luto. Has visto morir a tus vecinos uno a uno, como nosotros a los nuestros. Tres generaciones de salvadoreños están en tu memoria. Pero no nos pongamos tristes, cuéntame de tus nuevos amigos, porque has de tenerlos. La vida siempre nos depara amistad y a veces amor. ¿Te gusta siempre la lluvia? ¿Te gusta siempre la sandía, la lechuga y las bananas? ¿Guardas siempre esa alegría de niña al jugar a la pelota? ¿Siempre sigues despertando con la aurora? ¿Aún cantas? Cuéntame.

Espero verte pronto, y que veas, que compruebes, que de niño a cuarentón, te sigo guardando el mismo cariño de siempre, y te pienso, te pienso cuando reflexiono en lo poco que nos queda ya, de lo que nos hizo felices en el pasado, a nosotros, que hoy vagamos por el mundo y que de pronto, a la vuelta de la esquina, en el invierno, en el otoño, en el trabajo, al despertar, nos arroja la nostalgia a tu regazo.

Hasta pronto, amiga. Manyula de mis recuerdos.

Agosto del 2008

JUAN BAINA

por NETO



ACONTECER CULTURAL



El gran mimo junto al denominado rey del pop, Michael Jackson.

Marcel Marceau: el caminante de la luna

RONAL ABREGO
Pintor

En el 2002 Marcel Marceau en su gira de despedida se presentó en el Teatro Presidente, como parte del público presente, sentir la sensación de verlo por última vez haciendo «Bip» el personaje que lo inmortalizó, fué una mezcla de sensaciones encontradas, la risa del las peripecias de su personaje, la nostalgia de saber que nunca más estará en las tablas, y el honor de aplaudirle por última vez.

En 1947 Marcel creó a Bip, cara blanca ropa de payaso de anchos

pantalones, camisa marinera y una chistera vieja y deformada. Entre los clásicos de su repertorio: «El fabricante de máscaras», «El Jardín Público» y el famoso «Adolescencia, madurez, vejez y muerte» del que un crítico dijo, «él logró en menos de cinco minutos lo que la mayoría de novelistas no hacen en volúmenes». En el cine demostró su versatilidad en: Barbarella con Jane Fonda, dirigida por Roger Vadim; Shanks, dirigida por Bill Castle, en la que combina su arte del silencio interpretando a un titiritero sordomudo y a un científico loco parlante. En la película

muda de Mel Brooks la única palabra que dijo fue («No»). Pero hay un aporte de este famoso mimo, que sin saberlo nosotros de muchas maneras disfrutamos a través del baile, recordemos al rey del Pop Michael Jackson, todos bailamos más de una vez el paso de «Moonwalker», pero pocos saben que su creador fué Marcel Marceau. Michael Jackson lo reconoció e hicieron un encuentro inolvidable como homenaje a Marcel. Hoy estas dos estrellas ya no están con nosotros, pero podemos seguir disfrutando de su legado.

GALERÍAS

El periodismo y las palabras



Lya
Ayala

Durante muchos días estuve analizando la idea de escribir sobre periodismo cultural. Decidí que es buen momento para escribir sobre dos pasiones que me persiguen desde hace muchísimo tiempo: las palabras y el periodismo. Las palabras que

encierran tanto poder en ellas son la herramienta esencial, la materia prima del periodismo. No recuerdo un trabajo que haya tenido o una labor que haya realizado fuera del periodismo. La primera vez que escribí una nota sobre "lo cultural" fue en la sala de las computadoras de este rotativo, allá en 2001, en estas mismas páginas del S3000, no sabía mucho, es decir, sabía lo que aprendía en la universidad en esos días. Luego supe que el periodismo se aprende con la práctica, la teoría y la técnica ayudan mucho, por supuesto. El periodismo es un oficio de vocación, una profesión que es imposible de dejar, lo persigue a uno, se pelea con uno; pero siempre se regresa a él. Cuando esa pasión nos lleva a los extremos de olvidarnos de nosotros mismos y la familia, concluyo: la pasión nunca anularía tu propio ser. Vivir con pasión algo es disfrutarlo al máximo, sin remordimiento ni quejas. Así es el periodismo, si te exprime hasta dejarte sin identidad, no es una pasión, es un masoquismo sacado de una película o una novela o una historia que cuentan los que no tienen vida y ponen su existencia a disposición de largas y extenuantes horas sin gusto ni placer. Así que casi diez años después, me sumerji largas horas en la búsqueda de conceptos, ideas, propuestas sobre periodismo cultural, donde las palabras me revelan datos importantes, frescos, valiosos y fuertes; donde vamos aprendiendo otra perspectiva de este fascinante mundo del periodismo. Sigo creyendo que la verdadera razón del gusto por las palabras se remonta a la esencia de uno mismo antes de nacer, antes de tomar cuerpo y forma, antes de que la cultura nos invada, antes de que las circunstancias nos moldeen. Las palabras, muy a pesar de las distorsiones, irrespeto, reverencia, descuido o ignorancia que hagamos de ellas y con ellas, siguen siendo el medio de comunicación más rico y extraordinario en la historia del ser humano. Quizá por eso el periodismo sigue siendo mi pasión.

Sub coordinadora
rojo.y.n@hotmail.com

Primera entrega

EL SALVADOR: HISTORIA DE LA BARBARIE TERROR CONTRA ESPERANZA. POLÍTICA CONTRA ÉTICA

JORGE CASTELLÓN
Escritor

Surgimos con los volcanes, en ese estrecho de dos mares entre los continentes, y así, lo que iba a ser nuestro suelo, apareció de la lava, venida de una y otra erupción, creando esa superficie delgada y heterogénea, de lagos y montañas, de ríos, de cuevas, de lo que hoy conocemos como Centroamérica. Esta fue nuestra virtud y nuestra desgracia. Con un suelo rico y fructífero abonado de ceniza, heredamos tanto la perenne furia de la tierra, como la abundancia gratuita de los campos. Al respecto, dice David Browning:

«Varios milenios antes de Cristo, el hombre de El Salvador había adaptado a su tierra un gran número de plantas alimenticias, entre las que figuraban el maíz, varios tipos de frijoles y de calabazas, y de chiles. Además de estos alimentos, otras series de plantas cultivadas en América central – aguacate, jocote, saúco, guayaba, zapote, papaya, tuna, tomate, cacao, maguay, tabaco, algodón, henequén, añil, copal, ayote, guaje-, da fe del conocimiento del indio de su copioso medio ambiente» (Browning, 1975).

Esta fertilidad del suelo y la exuberante flora y fauna, había provocado una permanente migración de población, desde el norte del continente hacia nuestro actual territorio, y permitido la existencia de diversos grupos étnicos a lo largo y ancho de un territorio bondadoso.

A finales del periodo clásico temprano (200-650 DC), ya la población nativa de lo que ahora es el territorio salvadoreño, había alcanzado un alto nivel de desarrollo social y productivo. Los vestigios arqueológicos de Joya de Cerén, que fuera un asentamiento de familias artesanas, dentro de una estructura social muy jerarquizada y diversa, permiten la mejor imagen de los alcances culturales del periodo, hablan, por ejemplo, de un relativo bienestar social de esa comunidad indígena, en este caso, de origen Maya. Los espacios habitables y las áreas de trabajo artesanal y agrícola; los diseños y espacios de las viviendas, las herramientas, la variedad dietética, y las áreas de descanso, permiten evidenciar muy dignas condiciones materiales de vida, un alto grado de integración de los miembros de la comunidad entre sí, y de esta, con su ambiente.

Por lo demás, era una civilización dispuesta a la permanente reconstrucción y re-empiezo de su cultura. A ese respecto Geoffroy Rivas dice: «Habitados a los cambios súbitos en el paisaje, incorporados a la violencia del ambiente, viviendo entre huracanes, tormentas, erupciones, terremotos y destrucciones, nuestros antepasados indígenas estuvieron siempre predispuestos a la zozobra y la inestabilidad. Así, su manera de concebir la historia estuvo necesariamente influida por este sentimiento de cambio, destrucción y renacimiento.» (Rivas, 1966)

Hay que señalar, que los estados precolombinos asentados desde el sur del territorio de lo que hoy es México y a lo largo de toda Centroamérica, no conformaban, ni mucho menos, un paraíso terrenal ajeno a las contradicciones sociales y a las sólidas jerarquías. Bajo una cosmovisión en torno a un dios creador (Quetzalcoatl o Kukulcan), las jerarquías políticas de origen nahuatl o maya, respectivamente, justificaban su dominio

Nuestro territorio fue un día, un lugar de destino, más que de ida; un lugar de estadía indefinida, más que de tránsito; un lugar de diversidad étnica y cultural, lleno de conflictos, pero donde prevalecía una convivencia territorial basada en acuerdos.



FOTO: SANTIAGONVALCALBOSPOT.COM

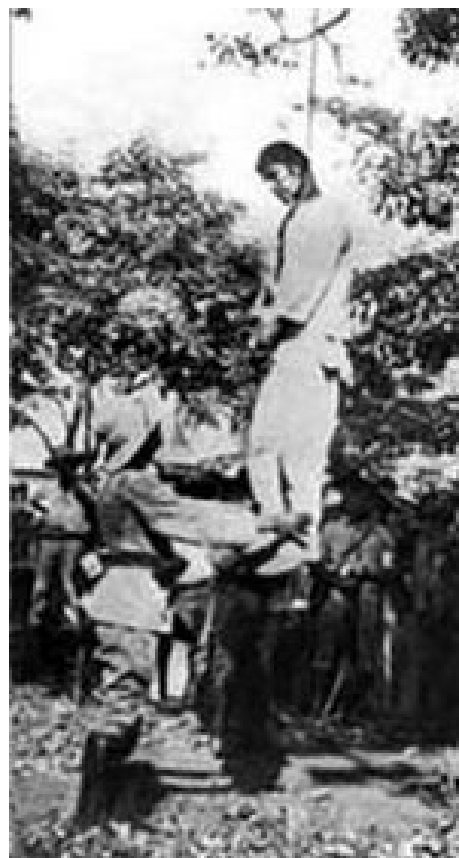


FOTO: ARGENTRESS.INFO

El capataz de la hacienda era el controlador y ejecutor.

político, otorgado o delegado a ellos, desde la fundación mítica de los pueblos en Teotihuacan. (López Lujan y López Austin, 1999). Poder ejercido en cada estado, al seno de regiones multiétnicas, como lo era el antiguo territorio salvadoreño

A la llegada de los españoles en el post-clásico tardío (1200 a 1500), la relativa convivencia política entre los estados indígenas más poderosos, había desaparecido en Mesoamérica, para dar paso a una etapa de mayores conflictos y dominios mega-regionales, pero de ninguna manera significó una descomposición de los logros culturales y materiales. Grandes poblaciones urbanas como la de Cihuatán, en el centro del territorio salvadoreño (destruida en

Al día de hoy, parte de la cultura popular salvadoreña expresada en el lenguaje contiene alusiones tales como «No seas indio» o «Se te salió el indio», cuando una persona se enfada o guarda resentimiento.

el siglo XII probablemente por agresores foráneos), denota un admirable desarrollo organizativo y de planificación, albergando a una población cercana a los 10,000 habitantes. Uno de los hallazgos más impresionantes de esta ciudad, no obstante, no es su mega construcción, o sus patios, es simplemente un pequeño objeto, quizás un juguete que representa un perro... ¡de cuyas patas se derivan ruedas!. Poco, o casi nada, se ha reparado y comentado de este objeto (guardado en el Museo David J. Guzmán de San Salvador), que algún anónimo artesano intuyó en su forma, disfrutó en su hechura y legó en su sencillez para nuestro deleite. Así, como la Europa se maravilla del ingenio del renacentista Da Vinci, uno se maravilla ante este destello de imaginación sutil, venido de un mundo que nunca conoció la rueda y el metal. ¿Qué otros prodigios están enterrados para decirnos lo que fuimos?

Una primera conclusión: **nuestro territorio fue un día, un lugar de destino, más que de ida; un lugar de estadía indefinida, más que de tránsito; un lugar de diversidad étnica y cultural, lleno de conflictos, pero donde**

prevalecía una convivencia territorial, basada en acuerdos políticos. No se han encontrada a la fecha, vestigios de murallas contra bárbaros invasores y sí, una amalgama de lenguajes y culturas.

Según datos de Barón Castro -recogidos por Browning posteriormente en su famoso libro *La tierra y el hombre-*, la población que los conquistadores españoles encontraron en lo que hoy conocemos como El Salvador, era de aproximadamente 130,000 habitantes, para 1524. Esta incluía diferentes grupos etnolingüísticos, tales como Mixes, Pocomanes, Chortis, Alagulaces, Pipiles, Lencas, Uluas y Chorotegas (Montano y Ramos, 2006). No obstante, ya para 1551, se tasó una población tributaria de 50, 459 habitantes (Barón Castro, 1942). En otras palabras, en 27 años, la población fue reducida a menos de la mitad. La muerte directa en batallas de contra-conquista, las enfermedades transmitidas por los invasores y las «condiciones de vida» son apuntadas como las causas de esa mortalidad tan violenta que se traduce en un promedio de 8 personas diarias ininterrumpidamente durante 27 años.

Prueba del brutal dominio es que durante tres siglos, no se produce un solo levantamiento de protesta indígena. Este silencio no significó de ninguna manera un periodo de armonía social o de bienestar para la población, sino una imposibilidad material y organizativa de un grupo social controlado y dominado totalmente por los españoles dentro de esa estructura colonial. Y de hecho, estos tres siglos van a marcar profundamente el carácter económico y político de El Salvador, pues es el periodo donde se produce una sólida **acumulación de recursos y medios productivos – principalmente de tierra- del un grupo dominante** compuesto tanto de peninsulares y criollos, en perenne conflicto de intereses económicos y que va a determinar la estructura económica de futuro estado aún en ciernes.

Pero a la vez, este periodo colonial, crea una cultura de dominio que se materializa en la organización social y económica de **la hacienda**, y que evolucionará hacia una forma de poder político-militar, fundamental para la definición del estado salvadoreño.

En el contexto de la hacienda, existe entre el dominador (terrateniente) y el dominado (jornalero-colono), un poder delegado intermedio: *el capataz*. A falta de ejército y policía en ese momento, el capataz de la hacienda, juega el papel de controlador y ejecutor de castigos ante cualquier revuelta. Esta figura es la que se convertirá, ya como institución del estado, en lo que va a llegar a ser - en la segunda década del siglo XIX- el ejército, *como capataz de la nación*.

Entre el rico y el pobre, existirá un grupo de hombres, encargados del control ante cualquier amenaza de esos pobres, de generar inestabilidad frente al poder dominante. De esa institución castigadora llamada Fuerza Armada, han surgido las más nocivas y asesinas personalidades que han recorrido la historia moderna salvadoreña y que han dejado una huella de sangre y muerte en nombre de los patrones de la nación. Castigadores nacidos de un ejército que hunde sus raíces hasta el fondo de una estructura de poder venida del periodo colonial: Maximiliano Hernández Martínez, José Tomas Calderón, Sánchez Hernández, Emilio Ponce, Domingo Monterrosa, Helena Fuentes, por mencionar algunos al azar.

A pocos años del movimiento independentista de 1821, la cabeza de Anastasio Aquino aparece

/Sigue en página 4

Viene de página 3/

salvajemente empotrada sobre un palo, como símbolo de un terror que volvía a anunciarse como antídoto ante cualquier protesta o rebelión colectiva de la población indígena en cualquier época. Este levantamiento obedeció a la anarquía de los primeros años de la independencia, pero aun más, fue el resultado del empeoramiento de las condiciones de vida de la población nativa, ocasionado por un sistema económico sostenido sobre la base de la explotación de la tierra a través del trabajo obligatorio del indígena, y que en ese momento estaba orientado a la producción de añil. Porque aquella oleada independentista, fue básicamente un movimiento del criollo en busca de su propia libertad económica. (Anderson, 1992), nunca un movimiento social a favor de la libertad y el bienestar del indígena como mayoría poblacional.

Porque hay que repetirlo, la patria que emergió de la independencia centroamericana y salvadoreña, no era una patria del indígena. Como menciona Martínez Peláez, «la idea de patria [] es la patria del criollo... Es un producto ideológico de la lucha que sostenían los criollos con la madre patria, España» en la pugna por su patrimonio como herederos de la conquista (Martínez Peláez, 1972). En esa contradicción, **el indio, era parte del paisaje que se anhelaba poseer.** No podía ni ser imaginado, que en esa lucha libertaria, se incluyera al indio como sujeto social.

Así, desde la proto-historia del estado salvadoreño y de la configuración de la nación, se considera a las grandes mayorías pobres, principalmente campesinas, más como un recurso económico que como participe social o político. Ya a partir de 1860, con la presidencia de Gerardo Barrios, la historia nacional tenía un rostro: el estado se organizará en función de una minoría terrateniente, de sus ganancias

Lo que queda para la posteridad es la erradicación total de los herederos de una tradición cultural y por qué no, de una herencia genética

económicas y de su poder político. Se ha de entender el Estado aquí, como el gobierno, sus funcionarios y sus instituciones de control político y militar, principalmente el ejército. La estructura fundamentalmente agraria de las primeras décadas del siglo veinte, crean todo un sistema de explotación semi-feudal, que aun hasta ahora, tiene reminiscencias a varios niveles de la sociedad. Entre las más «simples», el calendario escolar actual, que sigue establecido obedeciendo a esa antigua necesidad de trabajo infantil, para atender la cosecha del café, la cual se desarrolla entre los meses de octubre y diciembre. Más allá, la vinculación de ese modelo económico monocultivista al mercado mundial exportador, conllevará, como ya es conocido, con los impactos de la recesión económica de 1929, a un levantamiento campesino en el occidente del país (principalmente Sonsonate), y a la respuesta brutal del Estado con el uso del ejército, que conducirá a la *matanza* de enero de 1932. Otra vez, ante condiciones de pauperización en el campo, el pueblo se organiza y contesta con un levantamiento, más lleno de esperanzas que de posibilidades de triunfo. Consecuentemente,

el grupo dominante, reprime. *El terror no nace en el 32, el terror se consolida ahí, en nuestra historia moderna con la consolidación misma del militarismo.*

El gobierno militar de Maximiliano Hernández Martínez (1932-1944), responsable de la *matanza*, propicia dos condiciones que van a fortalecer la permanencia institucional del terror en contra de la protesta popular, en la lucha por los derechos sociales y políticos. Por un lado, consolida el militarismo como forma de gobierno (ejercicio de poder), y por otro, recrea un modelo de dominio fundamentado en la fuerza [armada] como capataz de una nación cuyas riquezas, pertenecen a unos pocos. Este militarismo gobernará el país hasta 1979, llenando medio siglo de historia nacional. Pese a las reformas sociales del tirano, arropado cínicamente con un discurso masferiano en materia social, cultural y fiscal, su legado para la historia no depende de esos parámetros. Su agresión desde el abuso del poder es tan nociva, que con ello logra que se afinque en la conciencia social salvadoreña, una cultura -abonada ya de criollismo colonial-, donde se produce la anulación del campesino como persona y como miembro de la sociedad salvadoreña, pese, a los ya conocidos intentos de aquel gobierno, a nivel nacional e internacional, de promover una visión cultural inclusiva para el indígena (Lara-Martínez, 2010) Lo que queda objetivamente para la posteridad, es la erradicación total de los herederos de una tradición cultural y por qué no, de una herencia

genética. En otras palabras, se continúa ese *proceso de exclusión social absoluta* contra aquel grupo poblacional que guardaba nuestra más rica cultura ancestral.

Al día de hoy, parte de la cultura popular salvadoreña expresada en el lenguaje contiene alusiones tales como «No seas indio» o «Se te salió el indio», cuando una persona se enfada o guarda resentimiento. Se aluden así, de manera despectiva a una actitud para nada gratuita por la que se caracterizó la población indígena; actitud que proviene de ese sufrimiento social permanente y de esa exclusión como personas integrantes de una nación, y de esa su terca respuesta, de esa protesta permanente ante la injusticia, pese a la imposibilidad de su emancipación y participación social.

Retomando algunos conceptos del filósofo social Tzvetan Todorov, podemos decir que, si la inclusión de los diferentes grupos sociales crea la civilización, si el trato que se le brinda a los grupos en una sociedad determinada define la civilización, entonces, la exclusión social define la barbarie, y aun más cuando esa exclusión se materializa en su aniquilamiento planificado. Es esa barbarie, como situación social excluyente, lo que definirá en adelante el siglo XX salvadoreño, ya sea a través de la violencia institucional o la violencia armada; la primera, que conlleva la negación de derechos sociales básicos como alimento, vivienda, trabajo, educación y asistencia médica. Y la segunda que conlleva a la negación de la vida misma sea en forma de asesinato, masacre o etnocidio.

Si bien es una tesis controversial e incómoda para una memoria revolucionaria que a veces tiende al recuento imaginativo de los hechos, el derrocamiento de Martínez en 1944, analizado con calma, es producto de la única fuerza capaz de derrocarlo: **la misma fuerza armada descontenta con los fusilamientos a sus miembros.** Los sectores sociales, principalmente los estudiantes universitarios, en una acción correcta valiente, y ejerciendo su derecho de protesta a una tiranía, hay que decirlo, **protagonizaron el descontento civil, pero no fueron el elemento determinante en ese derrocamiento.** Se hizo lo posible necesario, puesto que no estaba al alcance lo realmente suficiente, frente a un poder mucho mayor que cualquier protesta. Y así, nada nuevo pasa después de aquel derrocamiento, que vaya a favor de las mayorías salvadoreñas, y que hable de un cambio fundamental en el contexto y la historia nacional.

Después del Martinato, Salvador Castaneda Castro, Oscar Osorio y José María Lemus, generales todos (1945-1960), se han quedado en la memoria difusa de la historia nacional, como propiciadores de cambios importantes y como gobernantes preocupados por la población. Pero sus reformas a favor de la vivienda, el seguro social, movimiento sindical, la Procuraduría General de Pobres, favorecieron muy poco a la gran mayoría y concentró sus beneficios más, sobre un grupo muy reducido de la clase media asalariada (White, 1992).

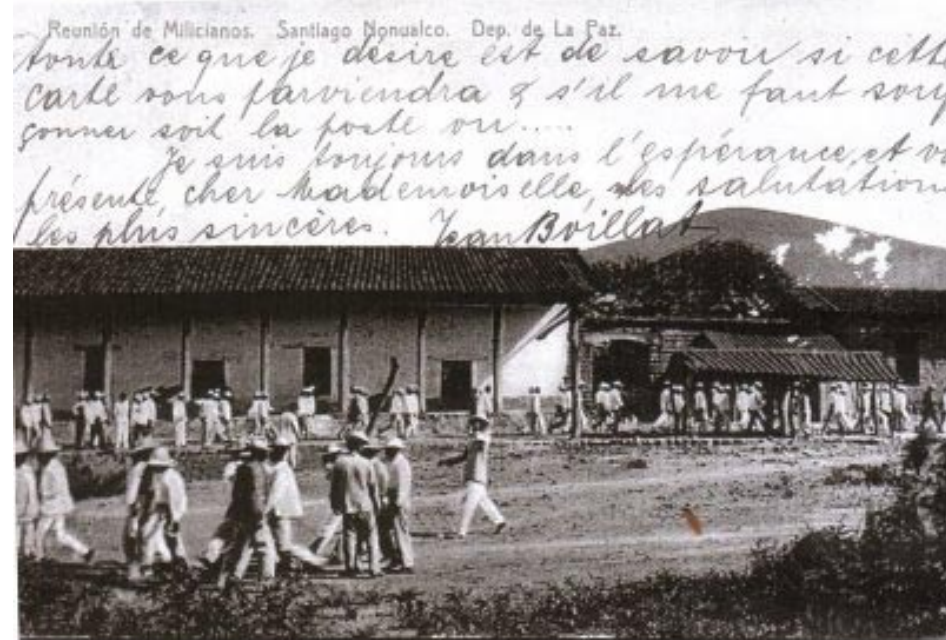
Es en este momento donde se da un gran énfasis a la infraestructura nacional de carreteras y puertos, como elemento básico de una economía agro-exportadora (cafetalera) en su apogeo. Pero basta destacar, **que la generación nacida en este periodo, iba a llegar a constituir el ingente humano del mayor movimiento social-revolucionario del siglo veinte en El Salvador.** Cuando el movimiento izquierdista alcanza su máximo nivel organizativo en los ochenta, lo hace con aquella población joven nacida en una aparente época de prosperidad y estabilidad social. Dicho de otra forma, paradójicamente, la sociedad civil crece en conciencia política durante, precisamente, este periodo social que se ha presentado como la edad de oro de la nación.

De 1962 a 1979, es decir, desde la presidencia de Julio Rivera, se continuó con una política de gobierno reformista y demagógico, vinculado a un escalamiento del terror hacia la ciudadanía. La línea de gobierno seguida por Rivera, Fidel Sánchez Hernández, Arturo Armando Molina y Carlos Humberto Romero (coroneles todos), propicia el punto más álgido del descontento social y el escalamiento de formas cada vez más planificadas de represión social. Paralelamente, la organización popular se fortalece a su más alto nivel, y las primeras organizaciones de masas y políticas- revolucionarias emergen a la lucha social ya a mediados de la década del 70, con una cualidad de objetivos nunca vista: **la toma del poder y la transformación de la sociedad.**

Y el 30 de julio de 1975, el Estado da un aviso que venía del pasado, y se proyectaba al futuro como forma de reprimir la protesta popular: tanques aplastan los cuerpos de estudiantes universitarios en abierta protesta ciudadana.

A mitad de este periodo, el latifundismo, los movimientos de integración comercial centroamericana y la competencia de mercados nacionales, llevarán al país a la guerra contra Honduras en 1969. En defensa de causas comerciales y de cuidado de mercados regionales, ambos ejércitos (hondureño y salvadoreño) se adentran en una confrontación donde, en uno de sus más tristes y oscuros episodios, población fronteriza es masacrada desde ambos lados de la frontera, bajo una indudable coordinación de ambos mandos militares. La guerra deja luto, no se puede poner entre paréntesis la existencia de una cantidad indefinida de muertes, porque esas muertes fueron la consecuencia más trágica de este hecho.

Hecho que al mismo tiempo abre, en base a una propaganda tergiversada y mal intencionado de la prensa, una permanente desconfianza y animadversión entre hondureños y salvadoreños que se incorpora a la ideología popular, además al militarismo redentor, es el corolario de ese



El 30 de julio de 1975 el Estado da un aviso del pasado.



Principios del siglo XX se crea un sistema semi feudal.

FOTO: SANPEDRONUALCO.BLOGSPOT.COM

FOTO: SANPEDRONUALCO.BLOGSPOT.COM

ARTÍCULO

Primera entrega



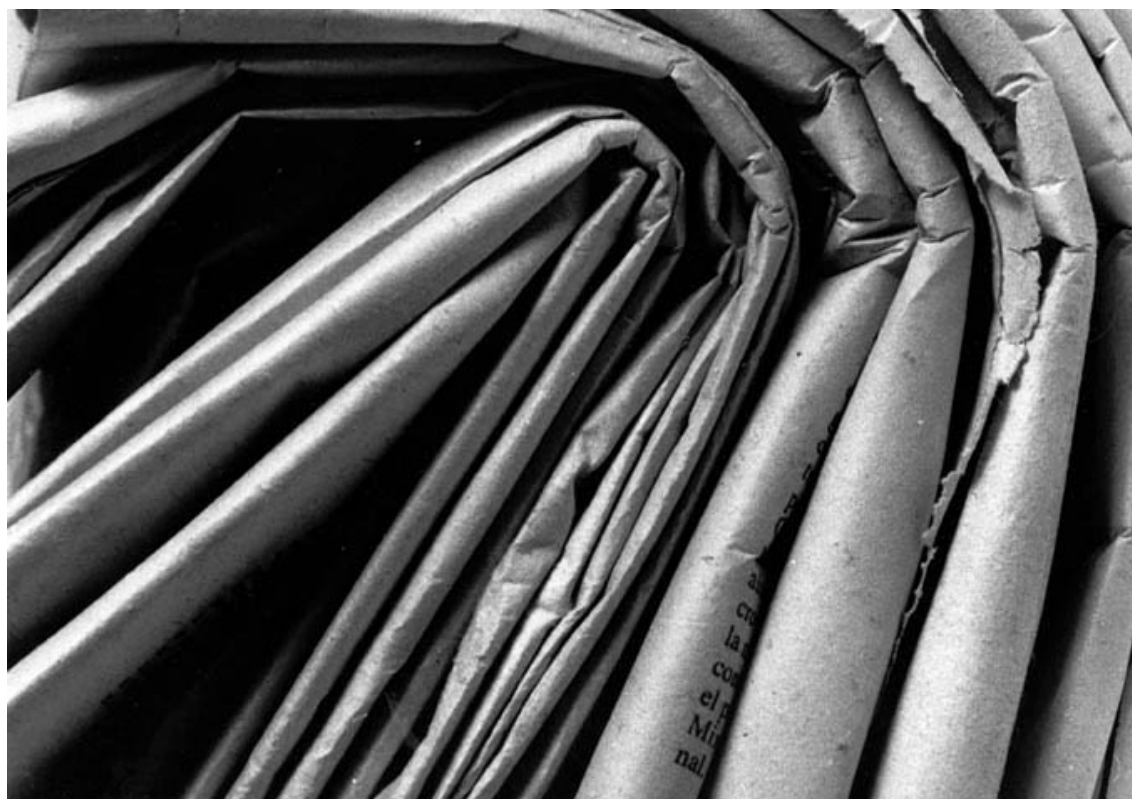
Lya Ayala

A LA OTRA ORILLA DEL PERIODISMO CULTURAL

Notas, reportajes investigativos, de fondo, entrevistas, crónicas, artículos, editoriales, opinión... los formatos periodísticos expresan en cualquiera de sus modalidades las tres funciones del periodismo: educar, entretener e informar. De todo lo que habita en la cultura se nutre el periodismo, de tal manera que a través de sus productos mueve a los individuos y trastoca la cultura; revierte o refuerza las creencias y comportamientos de la sociedad. Así de elocuente es la labor del periodismo.

Entre algunos de los aspectos más interesantes de la función del periodismo en la sociedad está la de segmentar la información y valerse de las opciones de la técnica para presentar un mensaje, a partir de las causas que expone logra objetivos y metas. El periodismo posee a través de las palabras el poder de transformar la realidad. He allí su fuerza y su debilidad. Desde aquí podemos ver el periodismo cultural, como el hijo olvidado del periodismo a quien no se le puede atribuir las características específicas de un periodismo especializado, ni en forma ni en contenido; aunque a simple vista parezca que es así, sólo es apariencia, con facilidad lo sepultan en la última página del periódico o sirve para rellenar espacios en las carteleras de espectáculos o notas sociales. Cuando aparece allí en un rincón de la portada, siempre será porque interesa a un grupo prominente de la sociedad, veamos que la utilidad empieza a asomar su cabeza. El periodismo cultural aparece cuando conviene, donde la nota informativa cultural sostiene el status quo, pero nunca como nota principal, nunca como tema de discusión ni en la sala de redacción ni en la sociedad que consume la información.

La trama de este complejo dilema podría iniciar en varias orillas: para qué sirve el periodismo cultural, quiénes hacen periodismo cultural, a qué público dirigirlo, cómo presentar el producto, y así hasta ver el mar de preguntas con sus olas pequeñas y grandes... y, claro, sus maremotos. Aquí, para iniciar, nos ocuparemos de dos: la cultura como sustento del periodismo cultural y una aproximación a la definición del producto periodístico cultural.



El tratamiento periodístico de los temas determina la diferencia.

María José Villa, en una Aproximación Teórica del Periodismo Cultural, advierte la importancia de explorar primero cómo se ubicará el concepto de cultura, de qué forma se valdrá el periodismo de ella y de sus teorías antropológicas, sociológicas, económicas e históricas para sustentar sus propias propuestas: «Y es que todo el mundo habla de cultura, todo el mundo valora la cultura, todo el mundo «está en la cultura». La cultura se ha fabricado como etiqueta social en el almacén de las vidas diarias y la palabra que encabeza secciones de periódicos, que es materia prima de instituciones sociales, que es para artistas e intelectuales todo un mundo y que parece estar en templos, gradas de estadios de fútbol y plazas de toros, está de moda. La cultura cambia, se pone y se quita, se reflexiona, se vende, se pierde en intentos, ha ofrecido estatus y estándares para destinos nacionales, ha abanderado un «arte elevado», ya consiguió desplazar a la sociedad como objeto de estudio y ha tenido todo tipo de tendencias políticas.»

En periodismo cultural esto vale la pepita de oro, aproximarse a la estructura de la denominada cultura nacional, pues todo periodismo busca un fin, un objetivo; sino hay claridad en ello, el sustento, la estructura, la columna que sostiene las propuestas culturales se verán cojas e informes. Ya nos vamos

“El periodismo cultural aparece cuando conviene, donde la nota cultural sostiene el status quo, pero nunca como nota principal”.

dando cuenta que llegar hasta el otro lado no es nada sencillo.

Periodismo no es siempre poesía

Periodismo cultural no es sólo literatura, aunque se valga de ella para presentarse algunas veces; por lo tanto, el significado que se advierte es que la cultura no se definirá a partir de expresiones artísticas aisladas, de grupos reducidos que adjudican a la palabra cultura motes de snobismo y sectarismo, para definir la constitución del cuerpo de un producto cultural hay que empezar por definir la base sobre la que se sustenta el concepto de cultura. En ello hay una balanza difícil de equilibrar, como en todo, la dosis del individuo como ente cultural prima. ¿Se puede hacer así periodismo objetivo? dónde, para qué y por qué, el periodismo es de grupos para grupos y la objetividad se imposibilita en los procesos comunicativos, la que ocurre en el periodismo es más compleja e invisible por la cantidad de

discursos que maneja y la variedad de públicos que los reciben.

Villa señala muy bien este punto al decir que «el periodista coincide en ciertos puntos con el antropólogo y va canalizando y creando nuevas formas, productos y tendencias culturales».

A la caza del periodista

Hay pocas probabilidades de considerar a un periodista que cubre el área de periodismo cultural como un especialista, como ocurre en los casos del periodismo económico, político o deportivo, por mencionar algunos. Un periodista cultural sería más bien un observador de la realidad, un receptor de los acontecimientos generales de la vida colectiva, será a partir de estos datos íntimos de la realidad que el periodista tejerá los conceptos claves de los enfoques que le otorgará, desde la simple nota hasta los grandes reportajes, a la información que se revele en la realidad y que, según sus criterios y la línea editoril del periódico,

valga para información cultural. “Lo más importante es que tenga interés, curiosidad y suerte y una actitud profesional adecuada; que busque y desarrolle nuevas ideas”, asegura Fidela Navarro, en el estudio El periodismo y su cultura. Es decir, el periodista cultural es un conjunto de cualidades personales y diversidad de conocimientos.

Técnica en guardia

En este apartado nos topamos con otra ola gigante en el mar del periodismo cultural: el diseño, el espacio, la cobertura, la selección de temas y tipo de lectores.

El diseño de un periódico pasa por estudios mercadológicos, antes de llegar con sus apabullantes diseños al lector, en particular, las grandes empresas periodísticas se valen de una buena cantidad de diseñadores expertos en programas avanzados de computación para crear diseños que presenten la información más atractiva al público. Sólo de este tema se han escrito cientos de libros. ¿Alcanza algo de esto al periodismo cultural? no, por cierto, recordemos que las páginas dedicadas a “lo cultural” se encuentran ubicadas en un lugar muy lejano de la nota roja o política de relevancia. En resumen, lejos de la nota que vende. Alcanzadas por un poco de luz del rayo de la información, las notas culturales siempre, o casi siempre, son un refrito de otras notas adornadas con fotografías extraídas de otras fuentes ajenas a la misma nota.

El diseño para presentar la información periodística cultural requiere un concepto complejo y exclusivo, que busque cumplir el objetivo y la meta de educar, entretener e informar.

Al acercarnos a un producto más acabado y definido podemos encontrar más espacio, cobertura distinta y temas más largos en las páginas especializadas dedicadas a la literatura, la música, la danza o el teatro, expresiones que no abarcan en totalidad la cultura, sino una parte mínima y limitada de ella. Entonces será el tratamiento periodístico con el cual se aborden los temas lo que hará la diferencia, no todos los temas caben en una “nota dura”, otros requerirán trabajos extensos de investigación, entrevistas, auxiliares bibliográficos o crónicas, entre muchos otros géneros periodísticos. Dónde colocamos esta información, dónde será pertinente para el lector, quiénes son los grupos interesados en los temas culturales; se debe considerar las edades, el género, el nivel educativo, el poder adquisitivo... los intereses del posible lector son innumerables, y sí, esto lo determina también la cultura. Por eso es importante la existencia de páginas especializadas como semanarios, suplementos y revistas. Todo esto dependerá de la visión que tenga el medio de comunicación sobre la cultura... más adelante: quién lee la información cultural.

ANTROPOLOGÍA

CUENTO

Bicentenario

INDEPENDENCIA INTERDEPENDIENTE

SAÚL CAMPOS MORÁN
Antropólogo

En su definición clásica, la independencia se refiere a la condición de una nación, país o estado en el cual su población ejerce su propio gobierno y es, usualmente, soberano de su propio territorio, sin embargo, también puede ser vista desde muchas otras ópticas.

En esencia, y siguiendo su raíz etimológica, independencia viene a ser la contraparte de la dependencia, es decir, la sumisión o subordinación de un ente individual o colectivo sobre otro. El grado de independencia que se puede tener

es, por lo tanto, relativo a la capacidad que tenemos de no depender de los demás para tomar nuestras decisiones. De tal forma, podemos decir que una persona es independiente cuando es capaz de satisfacer sus propias necesidades sin tener que recurrir a los demás y cuando puede ejercer su autonomía (Kohlberg, 1960).

Bajo este planteamiento es mandatorio entender un concepto que surge como corolario del hecho de vivir en independencia. La naturaleza misma del hombre es existir en comunidad, como ser social, ya que esa es la única forma de crear, aprender y compartir la información que luego genera el conocimiento. Así, podemos ser independientes, pero nunca podremos dejar de depender de los demás, siendo independientes y dependientes a la vez. Este es el principio de la interdependencia.

Principio del formulario

La interdependencia es la dinámica de ser mutua y físicamente responsables de compartir un conjunto común de principios con los demás. Algunos abogan por la libertad o la independencia como una suerte de bien máximo, mientras que otros hacen lo mismo con la devoción a la familia, su comunidad o sociedad. La interdependencia reconoce la verdad en cada posición y las unifica. De tal manera, dos estados que cooperan entre sí, podemos decir que son interdependientes. También se define como la interrelación y la dependencia social, económica, ambiental y política de otro.

De acuerdo con Harris (1997), en una sociedad independiente, un niño nace dependiente de su madre y de los que lo rodean, sin embargo, en una sociedad de pensamiento orientado a la independencia es motivo de celebración cuando este dice «yo puedo hacerlo por mí mismo.», siendo esta oración un elemento común en el pensamiento de la gente con cultura de «país libre». En la otra cara de la moneda, un niño nacido en una sociedad tribal, o por lo menos en una menos estratificada y no necesariamente independiente, es educado para ir mucho más allá del pensamiento independiente, animándosele para crecer en la interdependencia, por lo que puede decir «yo lo puedo hacer por los demás».

De tal forma, sea una tribu o una organización social más compleja, como un país, será exitosa en la medida en que acepte su naturaleza interdependiente, pero esto sólo se puede conseguir mediante la integración de los diferentes intereses de todos los actores sociales, el cual es el beneficio común. Somos independientes, pero solo en la medida en que entendamos que vivimos a plenitud por medio de nuestra interdependencia con los demás.

Covey (1989), nos dice además que el pensamiento independiente por sí solo no es adecuado para una realidad interdependiente. La gente independiente que no tiene la madurez para pensar y actuar de manera interdependiente pueden ser buenos productores individuales, pero no serán buenos líderes o jugadores del equipo. No vienen desde el paradigma de la interdependencia necesaria para tener éxito en el matrimonio, la familia, o la realidad en una organización o en la sociedad misma.

El principio de la interdependencia ha estado presente en la historia de la humanidad desde tiempos inmemoriales, y es válido hoy en día si recordamos que un mensaje famoso nos dice que dando es como recibimos, en una suerte de intercambio social que nos garantiza la continuidad de nuestra existencia como comunidad. De tal forma, viviremos nuestra independencia a plenitud al comprender que esta no es más que la suma de todas nuestras libertades, pero ésta solo existe en la medida en la que somos interdependientes, como las células del sistema de un ser vivo al que año con año festejamos, y al que llamamos El Salvador.

Historia rural

LA MUJER VESTIDA DE ROJO

JOSÉ ROBERTO RAMÍREZ
Escritor

Fue en aquella lejana ocasión, cuando Don Gustavo encontró a «Eliás el coco loco», el loquito del pueblo, haciéndole el amor a la puerta de su casa al inicio de la noche, que por primera vez se topó con la puerta cerrada y su casa sin nadie, porque su esposa Isabel, había tomado la drástica

decisión de haberse ido con los cipotes a la casa de su madre. Entonces, él sintió pánico y lo cobijó una pesada sensación de desamparo, que gradualmente se convirtió en cólera, demostrándose al único presente:

«¡Mirá Eliás...mejor andáte a la mierda antes que te dé un par de vergazos!»

Se lo dijo con tanta rabia que Eliás, sin ningún esfuerzo captó la clara intención de las palabras, reflejada en el tono fuerte de lo que escuchó. Levantó rápidamente su pantalón y camisa del suelo y olvidando el sombrero, corrió despavorido gritando: «¡Hey, don Tavo, la niña Chabelita es mi novia... ¿y qué?»

«¡Loco de mierda!»- pensó don Tavo, y se sentó a meditar en la banqueta desvencijada que estaba en el corredor. Se dio cuenta, que probablemente la niña Isabel no iba a volver nunca más a la casa, pues sabía del carácter determinante de su mujer, su firmeza y casi testarudez, cuando prometía hacer algo. En su mente estaba tan vivo el recuerdo, cuando aún de novios, ella le dijo:

«Te juro, que cuando mi «tata» muera, yo me visto de rojo y voy a reventar tres «cohetes de vara»...»

Isabel había crecido solo con su madre. El padre había abandonado la familia por una mujer más joven y aunque vivía en el cantón vecino, las veces que por mera casualidad se encontraban, él la ignoraba con una frialdad, que para el corazón frágil de una niña, la situación se convertía en una experiencia dolorosa y confusa. Así que creció absorbiendo toda la indiferencia y la irresponsabilidad del padre, que con el paso del tiempo, se transformó en un sentimiento adverso hacia aquel hombre, que se resumía en este juramento que no se cansaba de pronunciar: «El día que mi «tata» muera yo me visto de rojo y voy a reventar tres «cohetes de vara»...»

Y así fue...Muchos años después, cuando por información obtenida en la quebrada del caserío, donde lavaban todas las mujeres, le comunicaron que Don Julio, su padre, estaba postrado en cama a punto de morir; entonces inmediatamente hizo arreglos, para el siguiente día ir al mercado del pueblo más cercano a comprar su vestido rojo y los cohetes tan anunciados. Seis días después, Don Julio murió e Isabel desde temprano lució, por todo el poblado, su vestido rojo. Al siguiente día, cuando la marcha fúnebre, donde iba casi todo el caserío, entró al cementerio, se escuchó a corta distancia, pues para entonces Isabel vivía cerca del panteón, el primer «cohetes de vara» y así, sucesivamente los otros dos. «Es la Chabelita...» -murmuraban las gentes, sin admirarse, pues sabían toda su historia y principalmente, la promesa que durante mucho tiempo ella pregonó; y éstos, hasta habían estado pendientes más de lo que Isabel hiciera, que de la reinante atmósfera de pesar y condolencias hacia la familia del difunto.

Esa noche, mientras todos dormían, Isabel lloró como nunca y sus ojos, al fin, lograron expulsar todas esas lágrimas fermentadas en sus pupilas, desde cuando era una indefensa niña.

Así es que por todos los recuerdos, repentinamente presentes, don Tavo estaba angustiado cuando encontró la casa sin

nadie; comprendió que su mujer, para este momento, ya estaba enterada de los rumores de que él tenía una amante, y en su mente resucitaba la casi olvidada sentencia que su mujer le pronunció recién casados: «El día que me entere que me engañas con otra mujer, ese mismo momento me voy de la casa y nunca regresaré...y cuando te hayas muerto, si es que lo llego a saber, voy a hacer con vos lo mismo que hice con mi «tata»: Me visto de rojo y reviento tres «cohetes de vara»...»

Pero por razones complejas, propiamente de esas enmudecidas acciones entre marido y mujer, o porque con los años, a veces se conquista la prudencia o la inteligencia, que pronto reconciliaron y la niña Isabel volvió, con todo y los cipotes a casa. Le advirtió a su marido, «que te perdono por los «bichos», pero la próxima vez que sepa de tus «cochinadas», no te dejo entrar a la casa»; y así, transcurrió el tiempo, mientras don Tavo fue perdiendo el miedo y se hizo más mujeriego, teniendo la certeza de que su amada mujer no lo abandonaría jamás. Fueron muchas veces que cuando a la niña Isabel le llegaban los rumores, ponía en vigencia lo prometido y no lo dejaba entrar a la casa, y él feliz se regresaba a buscar a los bebedores y «chiviadores» empedernidos. Otras, amanecía en el corredor dormido junto a los perros de la casa, y él feliz se regresaba a buscar a los bebedores y «chiviadores» empedernidos. Otras, amanecía en el corredor dormido junto a los perros de la casa, y él feliz se regresaba a buscar a los bebedores y «chiviadores» empedernidos. Otras, amanecía en el corredor dormido junto a los perros de la casa, y él feliz se regresaba a buscar a los bebedores y «chiviadores» empedernidos.

La niña Isabel, se concentró y disimulaba todo el odio que se le estaba acumulando lentamente en el corazón contra su esposo, en la crianza abnegada de sus hijos. Pasaban largos periodos de tiempo en que no le hablaba a su esposo, hasta que dejó de preguntarse a si misma si había llegado a dormir o no. De esta manera, pasaron los años, llenos de mucho silencio entre ellos, ráfagas de comentarios comunales y con la perenne fama popular de que don Tavo era padre de muchas criaturas en diversos lugares. Hasta que un día, inevitablemente, envejeció y su virilidad menguó, quedándole solo la infinita lujuria mental como un trofeo de sus años mozos y compartiendo sus hazañas con don Toño, el viudo adinerado del caserío, con quien últimamente eran buenos amigos.

Una noche calurosa de marzo, la niña Isabel murió; en la última semana se le complicó el problema de asma, la misma que había intentado matarla cuando recién cumplía un año de edad, y que hoy, tenía éxito en lograr su objetivo. Fue la misma semana -que por pernicioso coincidencia- don Tavo se ausentó.

Cuando él llegó a la casa, la encontró sin nadie; se sentó a meditar en la

banqueta que estaba en el corredor. Entonces, sintió pánico y lo cobijó una pesada sensación de desamparo y un presentimiento fatal, de que probablemente la niña Isabel, no iba a volver nunca más a la casa; que al fin se cansó de tanta infidelidad, que «el cántaro de tanto ir al río...se quiebra»... Inmediatamente sintió un frío que golpeó su cuerpo y recordó exactamente el primer día que encontró la casa sin nadie y la sorpresa que tuvo, cuando vio a «Eliás el coco loco», el loquito del pueblo, haciéndole el amor a la puerta de su casa, y que para éste entonces, tenía muchos años ya de fallecido.

Cuando le dijeron la verdad y comprobó su presentimiento fatal, sintió en su cuerpo el golpe infalible de un vértigo, acompañado por un torbellino salido de la nada lleno de recuerdos y remordimientos, que le estremecieron el pecho, hasta partirle en pedazos el corazón. Lloró como nunca, como niño inconsolable, como pájaro herido y se refugió en el «chapparó», bebiendo con rabia, sin limitantes y con un deseo silencioso de renunciar a la vida, como queriendo lanzar a las fauces del olvido, la pesada carga que descubrió súbitamente en su propio nombre. Dieciséis meses de abandono total y borrachera constante, fueron suficientes para matar a don Tavo. El día de su entierro, caía una lluvia insistente e impetuosa, lo que provocó poca asistencia de personas; y los hijos apresuradamente habían dado la orden de que lo sepultaran en el mismo lugar donde se encontraba la difunta esposa, Isabel.

Eran las cinco de la tarde y parecía que la noche ya había extendido sus oscuras alas sobre el caserío, así es que presurosos acercaron el ataúd a la fosa que con mucha dificultad, por lo pesado de la tierra empapada, recién habían terminado de hacer; pero para sorpresa de las aproximadas treinta personas que estaban, el ataúd no cabía en la fosa. Parecía que una fuerza emanada del fondo de la tierra lo rechazaba, con una determinada intención de no dejarlo entrar. El rumor se esparció rápido y muchos recordaron la negatividad y la práctica de tantos años, tan conocida por todos, de la difunta Isabel, de no dejar entrar a la casa al difunto Tavo por mujeriego.

De hecho, no había nada sobrenatural al respecto. Seguramente los peones alcoholizados, no escucharon bien las medidas para la excavación y éstos terminaron haciendo una fosa más pequeña que la requerida, para que entrara sin dificultad alguna el ataúd.

«¡Ni muerta, la Chabelita, lo quiere dejar entrar a la misma sepultura!», -se rumoraba. La lluvia se tornó diluviana y huracanada, haciendo que se suspendieran las ampliaciones de la fosa; y dejando el fétido sobre una tumba ajena, todos fueron a refugiarse.

Dos horas después, en medio de una llovizna que se negaba a terminar y la oscuridad y la neblina intensa, llegaron familiares y amigos cercanos a finalizar el entierro. Cuando estos terminaron e iban en busca de la salida del cementerio, el cielo se iluminó intenso e intermitentemente y seguido se escucharon tres portentosos truenos, mientras que a lo lejos, en lo claroscuro del momento y bañada de un tenue resplandor, lograron divisar, con cierta dificultad una silueta de mujer vestida de rojo, caminando lentamente, atravesando el cementerio.

Cualquiera diría que el efecto embriagador y alucinógeno del «chapparó», tan necesario para calentar y animar el cuerpo en un ambiente frío y de pesar, fue quien produjo esa visión. Pero no, fue un poco más de una decena de personas, entre ellos algunos hijos del difunto, que terminaron contando a todo el caserío, que la niña Isabel era mujer de palabra y que la cumplió al pie de la letra, al esposo infiel, hasta el último momento...



LA EXTRAÑA MUCHACHA DEL VESTIDO ROJO/PEDRO PABLO OLIVA

POESÍA

PROSALEGRE

Cortesía del poeta para Suplemento 3000

Luis Alvarenga (San Salvador, 1969) es poeta y ensayista. Doctor en Filosofía Iberoamericana por la Universidad UCA, formó parte del grupo poético Xibalbá. Su trabajo poético ha aparecido en Piedras en el Huracán, de Javier Alas; y Alba de otro Milenio, de Ricardo Lindo. Ha publicado Otra Guerras (poesía, 1995), La Mágica Raíz (recopilación de trabajos de Pedro Geofroy Rivas, 1998); Libro del Sábado (poesía, 2001); El ciervo Perseguido (investigación sobre Roque Dalton, DPI, 2003).

IV

Él aparecía a medianoche a lomos de su caballo, como si fuera el Caballero del Diablo, para dejar una flor en tu ventana.

Queda sólo el ruido de los cascos golpeando las calles empedradas.

V

Soñé anoche que me invitabas para las galas de tu despedida.

Tu voz, interrumpida acaso por las olas de los muertos, llegaba al otro lado por encima de los recuerdos que todo lo adulteran.

Pero vives, y además, ya no quieres saber ni nombre, ni ningún otro nombre, pero me invocaste.

Así resucité de entre los vivos.



LUIS ALVARENGA

HOTEL CENTRAL

"LENGUAJE ELEGANTE, FORMAS PRECISAS Y JUSTA EMOTIVIDAD en Hotel Central"

Lya Ayala

VII

Sólo había un momento en que cerrabas los ojos: la fiesta fugaz y silenciosa de la siesta que duraba un parpadeo.

A veces, la niña aprovechaba esa eternidad para prenderse a la ventura, para perderse en caminos de gigantes y volver cuando abrieras los ojos.

(A veces pienso que la huida de la niña es un sueño que cumples al cerrar tus ojos milenarios.)

VI

La colmena era el sueño que coronaba tu cabeza aún sin canas. Tú eras la reina y eras las obreras. Miel del sudor que coronaba tu frente iluminaba los pasillos como un sol ignorado.

Luego de ti, el inútil empeño de los zánganos.

VIII

Mucho tiempo después de llegar a un incesante amanecer y de no atender a la paciente labor de la traición; mucho después de que la guerra fuera un muchacho suspendido del árbol /de mango más alto y de alimentar a un mundo que lamía su plato hecho de mis tristezas; mucho después, siglos, o sólo un momento en el que este hotel dejara de ser un acaso y se tornara en la presencia que me impide /cerrar los ojos; cerré mis recuerdos como arcas, revoqué el hotel, desde su pozo hasta las azoteas, lo cerré como una ciudad asediada por la peste y caí.

Caer fue mi nuevo nacimiento: con olvidos fui sanando, aunque no lo crean. Es tarde ya. No hay habitaciones disponibles para ustedes, ya vengan con halagos o con enormes maletas. Déjenme dormir, déjenme olvidarlos.

EL HIJO MERITÍSIMO



Carlos A. Burgos

Un sábado por la mañana en un centro comercial, encontré a Carlos Abarca con un grupo de profesionales comentando sobre economía, política, filosofía y otras ciencias. El los escuchaba con atención y después imponía su opinión que aceptaban porque «magister dixit». Después de un rato levantó su vista y me reconoció:

—Hola, Carlos Burgos. Salí en el diario que al gato Mario García lo declararon hijo meretrícimo de Cojutepeque.

—¿Hijo... qué?

—Hijo meretrícimo.

—Puse mi mano detrás de mi oreja.

—¿Mere... qué?

—Meretrícimo —confirmó.

Me retiré con la inquietud de leer tal acontecimiento. No encontré el periódico pero reflexioné: meretrícimo se deriva de meretriz. ¿Qué significa meretriz? Consulté un «mata burros». Veamos: me, mer, meretriz, mujer que vende sus caricias por unos dólares más. No puede ser. Imposible que el gato tenga esta cualidad en superlativo.

Días después Abarca me proporcionó la página del periódico y me enteré que a Mario lo declararon hijo meritísimo, no meretrícimo, hasta entonces me alegré de verdad.

Si a este gato lo vimos así...chiquito, con sus pupilas brillando y cambiando de tamaño según variaba la luz. Nunca imaginé que un gatito fuera a convertirse en un tigre.

Una muchacha del barrio El Calvario de Cojutepeque me relató que en la ladera del Tiangué le echó el tigre juvenil.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—El amor, hombre, no te hagas el que no sabes.

—Yo —dijo otra— me conformaba aunque sea con un miao, miao de ese gatito, tan lindo.

Estas muchachas, hoy mujeres maduras, añejas como el buen vino, asistieron al acto cuando el tigre recibió el reconocimiento de hijo meritísimo de mi pueblo. Ellas lloraron de alegría y recordaron cuando jugaban bajo sus garras y amoroso rugido: grr...grr. Si no les rugía no sentían agrado en el encuentro.

Estas muchachas, hoy mujeres maduras, añejas como el buen vino, asistieron al acto cuando el tigre recibió el reconocimiento de hijo meritísimo de mi pueblo.

sentían agrado en el encuentro.

Dicen que ya no es tigre sino león que caza echado, con un movimiento de cejas ya las tiene rendidas. En el umbral de convertirse en sombras de gloria todavía redacta versos para lanzarlos a las reinas más bellas en las carrozas de Cojutepeque. No pierde la oportunidad de impresionarlas con su felina mirada.

Hoy, un hombre maduro, disfruta de sus triunfos profesionales. Mi pueblo ha reconocido sus cualidades como médico que sirve a sus semejantes con alto espíritu solidario. Mis coterráneos han acertado al declararlo «Hijo Meritísimo de Cojutepeque». No podían menos ante la recia personalidad de Mario García Aldana.

Nos consta que ha sido perseverante para alcanzar sus metas, tenaz con su proyecto de vida y muy responsable con el ejercicio de su profesión. Un gato amigo.

Colaborador Suplemento Cultural Tres Mil carlo_burgos@hotmail.com